

Buscando patria

Irene Romsa

La niña de diez años subía la rampa de aquel inmenso barco, dejando atrás su patria guatemalteca para embarcarse hacia lo desconocido. El año era 1947 y Martha Dinorah, apodada Chiqui, iba acompañada de sus hermanos y su papá para empezar una vida nueva. La intención nunca fue dejarla abandonada en un país extraño.

“No es bueno que mis nietos crezcan sin una madre. Deben venir para que aquí les cuidemos y enseñemos las tradiciones de nuestra gente”, había sido el encargo de la abuela antes de morir. Al papá de Chiqui le había tomado años ahorrar el dinero necesario para tan largo viaje y ahora que había acabado la Segunda Guerra Mundial, sintió mayor urgencia por cumplir su anhelo de regresar a su pueblo natal de Pengphu en la provincia de Cantón, China.

Al llegar, Chiqui fue recibida por parientes que veía por primera vez y que hablaban una lengua que ella desconocía. ¡Todo le parecía tan extraño! Las casas, el vestuario y hasta la manera de caminar. Además, en el aire se percibía un ambiente tenso.

“Lo siento, pero debo regresar a Guatemala de inmediato”, le anunciaba su papá a las pocas semanas, “conseguiré dinero y enviaré por ustedes”, les dijo a sus hijos con determinación y conteniendo las lágrimas. Chiqui empezó a sospechar que los rumores de guerra eran ciertos, pero no había tiempo para pensar en eso, pues debía iniciar el ciclo escolar.

Era costumbre que en el primer día de clases, todos los estudiantes limpiaran y barrieran su salón. Chiqui lo hubiera hecho, pero no entendió las instrucciones de la maestra quien le indicaba que la silla debía ser colocada sobre la mesa. Esa fue suficiente razón para ganarse el primero de muchos reglazos. Al día siguiente, caminó calladamente hacia la escuela, tratando de ignorar su estómago que a retorcijones se burlaba de ella. La emoción del día anterior se había convertido en un sentimiento que no lograba identificar. El castigo ese segundo día fue porque no llevó la lección memorizada y la del día después porque no pudo escribir, en chino, la tarea. Pero en vez de doblegar a la chiquilla, cada golpe iba moldeando en ella carácter y determinación.

Para sorpresa de todos, a los seis meses ya hablaba perfectamente el idioma y sobresalía en todas las materias; así que la promovieron del primero al segundo grado. Es más, al par de meses vieron que era innecesario retener a la niña en el segundo grado, pues estaba lista para el tercero. Al año siguiente, nuevamente logró saltarse un nivel para avanzar directamente al quinto grado; todos estaban sorprendidos de la chica de ultramar.

Parecía que Chiqui ya se había acostumbrado a su nuevo hogar cuando, una tarde repentina, llegaron noticias que el ejército comunista avanzaba hacia ellos con crueldad. Esa misma noche, la enviaron a vivir lejos; sería solamente mientras las cosas regresaban a la normalidad.

Los días se convirtieron en semanas, meses y años. Las noticias de su pueblo llegaban de forma lenta y escueta. Sabía que el ejército comunista había fusilado a los hombres de la familia más prominente de Pengphu, cuyo delito había sido tener un exitoso negocio de licor de arroz. Ella sabía que en cuestión de semanas, les tocaría el turno a sus tíos.

En la escuela ya no se aprendía nada y lo único que hacía era pintar carteles promocionales de Mao. Estudiando unos meses si y otros no, y trasladándose constantemente de un lugar a otro, Chiqui fue perdiendo años, pero no se dejó doblegar por los azotes de la vida y siguió calladamente buscando la manera de conseguir documentos para salir del país. Finalmente a sus diecisiete años, la joven logró regresar, cambiada, a su padre y a su patria.